obrero, trague la pindulita buenamente, y hasta quizás contemple satisfecha, cómo multitud de trabajadores van á dar inocentemente con sus huesos á la cárcel.

Los trabajadores, avisados del fin malvado que la crápula despreciable pone en práctica para obstaculizar el progreso, nos apresuramos en revelar los hechos que apuntamos para que sean del conocimiento del obrerismo de Guatemala y de Centro América.

También en Buenos Aires, los sicarios del presente desorden, han efectuado una serie de actos odiosos. No ha mucho que unos artefactos puestos por la misma policía hicieron explosión en un banco americano. Claro está, era de esperar, esto les avalidó la visita de la policía y un respectivo saqueo á la imprenta y redacción del diario "La Protesta." Tanto el directorio del diario como el personal de los talleres la fueron á tener en la cárcel. ¿ Por qué ? Porque así lo habían dispuesto á saber con cuánto tiempo de antelación los tatitas de la patria.

Más tarde la orden promotora finge el asalto de un hospital, y de nuevo, á la caza de trabajadores que se han metido ideas renovadores en la sesera, y á la cárcel con ellos se ha dicho. Estos acontecimientos en los momentos que una campaña rauda hacia todas las direcciones y por todos los confines del territorio se extiende potente, para libertar Simón Radowykcy, héroe del pueblo argentino, justiciero y vengador de las víctimas del 1º de Mayo de 1909 en las admediaciones de la plaza Lorea de aquella capital, cobardemente asesinados por los pelotones al mando del coronel Falcón, hiena uniformada que sembró el terror con sus crímenes diarios. La burguesía, presa de pánico por la actividad desplegada por el mundo del trabajo, no mira en medios para desvirtuar la gran labor que en pro de la liberación de ese gran hombre de Ushaya, viene realizando el proletariado argentino. Conocemos atrevidas proezas de los gauchos en su historia de lucha, y esperamos que esta vez, como otras, sabrá afrentar cuerdamente al despotismo que arrecia antropofágicamente, á medida que la peste carcomiana crece.

LIBERTO.

LEDA RAFANELLI

LA GRAN KRUMIRA

Mientras los cien y más obreros de la fábrica volvían al trabajo después de la comida, otros hombres de blusa salían. Eran extraños el establecimiento, y habían ido allí á llevar en un carro los pedazos de una gran máquina adquirida por el patrón : una máquina de nuevo modelo.

Al encontrarse con los obreros, los mecánicos les dijeron :

— Ella está ya en la sala... Veréis que compañera fuerte ! Os ayudará en el trabajo con aquellos brazos de acero templado !

En la sala, vastísima, cubierta de fardos y pequeñas máquinas próximas á las paredes, la máquina grande imperaba, luciente y nítida, con sus astas de acero bruñido, los rodajes barnizados de negro, las garras brillantes, como prontas á aferrar. Muchos hombres la rodeaban : el mecánico que había acabado entonces de montarla, el dueño con el rostro satisfecho, el maquinista que debía entender el manejo, un obrero y dos obreras anémicas que observaban con curiosidad aquel coloso de acero y de hierro.

— Sería preciso probarla, dijo el patrón. La compañía de la reiniciación del trabajo no había sonado aún, todavía con el bocado en la boca, volvían separadamente, hablando.

Todos hicieron coro al rededor de la máquina nueva. El macánico estaba todavía allí. El maquinista hizo andar el motor, subió presto sobre el banquillo, hizo girar una rueda, cercada por un ancho volante....

Y ligera, silenciosa, con movimiento rápido y regular como un poderoso batir de alas, la gran máquina comenzó su vida de producción.

— Es maravillosa, exclamó el patrón, contento.

El trabajo se acumulaba en los recibidores, que iban y venían sin tregua. Las dos obreras anémicas observaban las pequeñas manos de hierro lucido.

— Parece imposible que puedan trabajar mejor que

éstas, dijo una de ellas, mirándose las manos.

Habían parado la máquina y todos hablaban. El patrón dijo en alta voz al administrador :

— Da una economía increíble. Esta máquina, guiada por sólo cuatro hombres hace el trabajo de cien...

Había dicho esa frase impensadamente, pero un obrero que había escuchado, exclamó :

— ¿ Y nosotros ?

Se miraron mudos y pálidos. El patrón alargó los brazos. No era malo, no les nabría echado á la calle sin nada y á todos á la vez... se vería... Pero la mirada que los obreros echaban á la máquina se encendía en odio y de cólera... Una cólera loca y furiosa al pensamiento del porvenir.... Jornadas de hambre y de miseria... niños llorando humillaciones continuas, peregrinajes dolorosos, de puerta en puerta.. de fábrica en fábrica.. Trabajo, trabajo !

Qué era lo que pedían ? La buena vida, el ocio, la riqueza ! No, trabajo, solamente trabajo !

Y los compañeros habían dicho que trajeron una grande y fuerte compañera ? No, ellos en cambio habían traído una gran krumira.

* * *

La campana había sonado y todos volvían á su puesto, algunos no habían acabado el pedazo de pan negro... Las obreras pálidas, al pasar junto á la máquina nueva, la miraban con desprecio.

Una tristeza grave pesaba ahora en la fábrica. Los rostros estaban pálidos por un dolor solemne y sombrío. La cólera se había apaciguado. Pensaban. Aquella máquina fabricada por otros trabajadores, llevaba el luto á sus corazones, el odio forzado á sus músculos... Pero si aquella máquina hubiese sido de todos en común en lugar de un amo solo .. ¡ Oh, entonces !

El mecánico se había ido con la cara dolorida... El dueño, un poco triste también él, se inclinaba de hombros.

— Sí, también á mí me desagrada por estos pobres muchachos. Pero, ¿ qué hacer ? Las condiciones d' la industria me obligan á tomar las máquinas.

Y la gran krumira imperaba allí, en medio de la sala, con sus curvas correctas, fuertes, con los brazos de acero luciente. . . parecía respirar . . . los rodajes giraban vertiginosos, libres, metódicos, como el tiempo . . .

Y el tiempo sólo, corriendo hacia el porvenir, por la voluntad de los obreros pálidos á causa del hambre, traería el día en que las grandes krumiras del trabajo se convertirán en las grandes compañeras del trabajador.

El prejuicio patriótico

Nada tan falso y ridículo como el llamado sentimiento patriótico.

El amor á la tierra en que se nace ó en que se vive, el pedazo de suelo que encierra nuestros mejores efectos y nuestras más caras ilusiones, está desprovisto de toda influencia política.

Se ama á un determinado lugar geográfico no porque forme parte de tal ó cual nación, no porque esté señalado por una bandera sino simplemente por la atracción espiritual que ejerce sobre el hombre y por los recuerdos que le ligan á su propio origen.

Dentro de las unidades políticas y económicas de las grandes y pequeñas naciones formadas al azar por encima de los grupos étnicos y éticos existen sentimientos locales más poderosos que la noción de patria. El verdadero patriotismo es egoista limitado al lugar materno, á la vecindad, al pueblo ó, cuando mucho, á la región. Los agrupamientos nacionales no responden á un principio de afinidad. Los estados son unidades creadas artificialmente con preceptos y leyes que tratan de imponer al conjunto un poder homogéneo que las partes rechazan.

Sucede que las naciones más viejas, las unidades políticas y económicas formadas al azar de